

“Anales” del Pasado

JOTABECHE JUZGADO POR DOMINGO
ARTEAGA ALEMPARTE EN 1886.

José Joaquín Vallejo, el escritor costumbrista que en las letras nacionales hizo célebre con el pseudónimo de Jotabeche, perteneció a la Universidad de Chile desde su fundación. Creada por la ley de 10 de noviembre de 1842, los miembros de las cinco Facultades, que entonces la constituyeron, fueron designados por primera y única vez por el gobierno. En tal virtud, Vallejo, que había ilustrado su nombre como escritor en la prensa, bajo el de Jotabeche, mereció el honor de ser nombrado miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades el 23 de junio de 1843. De este modo, Vallejo fué uno de los miembros fundadores de esa Facultad, junto con los siguientes individuos: Miguel de la Barra, Andrés Bello, Francisco Bello, Ventura Blanco Encalada, Ventura Cousiño, Mariano Egaña, Antonio García Reyes, José Francisco Gana, Francisco García-Huidobro, José Victorino Lastarria, Rafael Minvielle, Juan Enrique Ramírez, Salvador Sanfuentes, Domingo Faustino Sarmiento, Manuel Antonio Talavera, Antonio Varas y Luis Antonio Vendel-Heyl. Desde entonces hasta su fallecimiento en 1858, Jotabeche perteneció a la Universidad de Chile, y dentro de ella a la Facultad de Filosofía y Humanidades. Al cumplirse el centenario de su muerte, hemos querido rendir un homenaje a la memoria del escritor costumbrista, uno de los animadores literarios de la generación de 1842, y para ello hemos desentrañado de los Anales de la Universidad de Chile del pasado, el discurso con

que el sucesor de Jotabeche en el sillón de académico de esa Facultad, Domingo Arteaga Alemparte, pronunció el 30 de julio de 1866. De ese estudio sólo hemos tomado la parte consagrada a la vida del escritor, al juicio del costumbrista y a la obra del periodista.

... Don José Joaquín Vallejo pasó demasiado a prisa por este mundo. Naturalmente su carrera literaria debía ser breve, sus producciones durables debían ser escasas. La brevedad de la una y la escasez de las otras hubieron de aumentarse por las vicisitudes de su vida y por el carácter de sus escritos. Sólo después de haber cumplido 30 años de edad, se dedicó tal vez al cultivo de las letras, de que se alejaba para siempre diez años más tarde. Por otro lado, el campo de su actividad literaria fué constantemente la prensa periódica, cuyas obras compiten, de ordinario, en fugacidad con las rosas.

Pertenecía el señor Vallejo a una familia de Copiapó, que haciendo sacrificios acaso superiores a su modesta fortuna, le envió a Santiago a cursar los estudios de abogado. El joven copiapino estudió las humanidades en el colegio de Mora, cuna intelectual de muchos hombres eminentes de nuestra época; pero cuando este famoso establecimiento se hubo cerrado, suspendió sus estudios, sin llegar nunca a realizar el sueño dorado de los padres de familia chilenos, sin llegar nunca a obtener el diploma de licenciado en leyes. En cuanto al complemento de su educación literaria, debió de encomendarlo a

sus esfuerzos aislados, a la acción de una lectura perseverante y reflexiva, si bien poco extensa y variada.

No obstante su inclinación al Partido Liberal de entonces, el partido *pipiolo*, era nombrado, el año 1834, secretario de la Intendencia del Maule. Imperaba a la sazón en muchas de nuestras provincias un sistema político y administrativo que les daba cierto aire de satrapías, y que no estaba muy de acuerdo con las nociones de derecho público del secretario liberal. Vallejo no tardó mucho tiempo en disgustarse de su empleo y lo abandonó, llevando consigo recuerdos tenaces de aquella manera de gobernar pronunciadamente asiática, y ese inteligente celo que mostró siempre por el bienestar y fueros provinciales.

Sin salir de la provincia del Maule, el secretario se hizo comerciante; pero la suerte no le sonrió en su nueva ocupación. Cansado de especulaciones desgraciadas, resolvió el año 1841 volverse a Copiapó, adonde le llamaba todo: —su familia, su afición a las minas, su amor entrañable e ilustrado al lugar de su nacimiento.

Hasta entonces sus trabajos literarios no habían pasado probablemente de uno que otro escrito político destinado a los periódicos de circunstancias que hizo nacer la crisis electoral de 1841. Su talento de escritor era ya conocido y celebrado por sus amigos, pero no comenzó a revelarse al público hasta aquel año, en que hacía una excursión a la cordillera de Santiago y publicaba una carta a propósito de su excursión. En esta pieza descriptiva brillaban algunas de las grandes dotes que habían de labrarle más tarde su reputación literaria, aunque su estilo se resintiese todavía de poca firmeza y de cierta exageración de sentimientos.

Vallejo llegaba a Copiapó, a aquella *isla del desierto*, como él la llama en uno de sus primeros artículos, a tiempo que la prosperidad de los minerales la levantaba de su prostración y le infundía una nueva vida, robusta, floreciente, opulenta. En este país privi-

legiado que habitamos, cuando los montes dejan de alimentar las raíces del roble o del espino, crían oro, plata o cobre. Por eso, la estéril provincia de Atacama no es la parte menos preciosa e interesante de nuestro territorio.

Allí encontró Vallejo su verdadero centro y desplegó toda la variada actividad de que era susceptible. Al paso que cultivaba las letras, ejercitaba la profesión de *tinterillo* y se empeñaba en negocios de minas. La profesión de tinterillo satisfacía las exigencias de su vida real, era la prosa de su existencia; las minas y las letras eran la poesía de su vida, fomentaban sus dos marcadas ambiciones de gloria y de fortuna.

Después de algunos años de labor y expectativa, Vallejo alcanzó lo que alcanzan pocos hombres: —ver colmadas sus principales aspiraciones. Primero las letras le hicieron célebre, en seguida, las minas le hicieron rico. Por manera que cuando llegaron las elecciones de diputados de 1849, podía proponerse a los electores de Vallenar y Freirina como candidato irreprochable. Sus títulos a la diputación eran buenos y multiplicados:

Había adquirido honorablemente una cuantiosa fortuna, que había empleado en empresas útiles al progreso general.

Había sido por algunos años colaborador de *El Mercurio* de Valparaíso, y en 1845, a despecho de preocupaciones influyentes y aun agresivas, había fundado en Copiapó, con el título de *El Copiapino*, una publicación periódica que todavía existe. Colaborador o redactor, había discutido siempre los asuntos públicos, y en especial los de su localidad, con raro talento, con criterio sano, con elevación de miras; había abogado ardientemente por los intereses provinciales, demasiado desatendidos, y en contra de nuestra exuberante centralización gubernativa; había combatido los desmanes de las autoridades subalternas con noble independencia y aun arrojando el bastón de algún gobernador irascible; había hecho una guerra sin cuartel a los malos hábitos, a la ciega rutina, que en-

torpecían los adelantamientos industriales de Copiapó, y fomentado con entusiasmo todo proyecto destinado a favorecerlos.

Había ilustrado y enriquecido la literatura chilena con una serie de artículos en que, bajo el seudónimo de *Jotabeche*, ora pintaba las costumbres de Copiapó y del país en general, ora contaba deliciosamente la historia y la mitología de aquellos afamados minerales, ya escarnecía los abusos políticos, ya motejaba los vicios y ridículos sociales, o bien describía en animados cuadros algún episodio de los tiempos de la independencia. Estos artículos, chispeantes de ingenio, de gracia, de intención y buen decir, salpicado a veces de sátiras delicadas, de oportunas ironías, sombreados en ocasiones por las suaves tintas de una melancolía espontánea y natural, notables siempre por la sobriedad y buen gusto del estilo, se habían publicado en *El Mercurio*, en el *Semanario*, en *El Copiapino*, habían sido coleccionados en 1847, y le habían granjeado la más merecida fama literaria, una incontestable y general popularidad.

Tales eran los títulos con que Vallejo pretendía la representación de Vallenar y Freirina. Por lo demás, aunque había permanecido lejos del juego de los partidos militantes, sus convicciones y principios políticos gravitaban visiblemente al Partido Liberal. Así es que muchos de sus admiradores sufrieron una penosa decepción cuando, una vez diputado, fué a tomar lugar en las filas del bando conservador que el señor Montt encabezaba. A la verdad, ello no era más que una consecuencia de las leyes a que obedece la organización de nuestros partidos, en la cual las simpatías personales forman casi siempre el núcleo, las conexiones de principios sólo la corteza.

Vallejo había nacido escritor, pero no orador. La contextura sutil y complicada de su ingenio le hacía inadecuado para los rápidos movimientos, para las bruscas sacudidas de la tribuna, en la que la descarnada simplicidad del pensamiento, la frase breve y cortan-

te, la severa dialéctica, la peroración apasionada arrebatan de ordinario la persuasión y los aplausos. No podía, pues, tocarle sino un papel secundario en aquel Congreso, o con más exactitud, en aquella Cámara de Diputados de 1849, en que las más altas cuestiones de política y administración se discutieron por los más poderosos y brillantes de nuestros oradores. Si fuera permitido comparar las nobilísimas luchas del parlamento con las bárbaras corridas de toros españolas, me atrevería a decir que el diputado por Vallenar fué en aquella hermosa asamblea un audaz banderillero, pero nunca una primera espada. Sus interrupciones picarescas y punzantes, sus réplicas vivas y a veces sangrientas le hacían un adversario molesto, y valían más sin duda que algún discurso suyo ingeniosamente elaborado e impregnado del accite de la lámpara de trabajo. Sin embargo, fuera del terreno oratorio desempeñó dignamente el mandato de sus electores, y no debe pasarse en silencio su honrosa iniciativa en una ley benéfica a la libertad personal, en la ley que abolió los pasaportes.

Pero Vallejo no encontraba la expresión peculiarmente apropiada a su talento, sino al salir del recinto del Congreso para enviar a la *Tribuna* o al *Mercurio* algún artículo concienzudo sobre las cuestiones palpitantes, o alguna reseña zumbona y maligna de la última sesión legislativa. Apenas había tomado la pluma, recobraba toda la fuerza y toda la gracia de su escogida inteligencia.

Los trastornos políticos de 1851 envolvieron en su vorágine a Vallejo, que había apoyado la candidatura del señor Montt a la Presidencia de la República, y que contribuyó activamente a dominar la formidable resistencia suscitada en contra del gobierno de aquel magistrado. Tuvo la fortuna de ver coronados sus esfuerzos por el triunfo, pero como a los demás vencedores, le cupo un triste lote de acriminaciones y de odios.

A principios del año de 1853, llegaba Vallejo a La Paz investido del carácter de Encargado de Negocios de Chile. Nuestras rela-

dencia intelectual de *Jotabeche* preservó de tan deplorable contagio sus obras, en que reina de continuo la elegancia, la sobriedad, la verdad de los pensamientos, la naturalidad de los afectos, la propiedad de las imágenes, la palpitante exactitud y pintoresca viveza de las descripciones, y que están escritas con una corrección y pureza de lenguaje bastantes a justificar, de un modo relativo y con ciertas salvedades, su general reputación de buen hablante. Poseía *Jotabeche* conocimientos literarios inferiores a los de algunos de sus contemporáneos, cuyas obras ya están olvidadas. Entretanto, sus *artículos de costumbre* viven y vivirán siempre en la memoria de los amantes de las buenas letras. ¿Por qué? Porque todos ellos están marcados con el sello de una fuerte originalidad.

Esta cualidad envidiable era tan pronunciada en la índole literaria de Vallejo, que no pudo amortiguarla ni aun su constante estudio del célebre autor español don Mariano José de Larra, a quien profesaba una admiración profunda. Sus retratos magistrales del *provinciano*, del *liberal*, del *chismoso*, sus animados cuadros de la casa del *enfermo*, de la *cuaresma*, de las *tertulias*, de un *viajecito por mar*, de Copiapó, de Vallenar, de Valparaíso, de Santiago, no los copió ni pudo copiarlos de los artículos de *Figaro*. Para pintarlos buscó las tintas en la observación sagaz y paciente de la sociedad chilena, en seguida las deslió y mezcló hábilmente en la paleta de su ideal, y con su pincel maestro comunicó vida a esos lienzos que se llaman los *artículos de Jotabeche*. Hermosos lienzos en que la gracia del ingenio, el humor festivo y picaresco, una parca y amable melanco-

lía, una ironía discreta, una sátira cortada en puntas de diamantes, han distribuído felizmente las luces y las sombras, y realzado con belleza del colorido la pureza y corrección del dibujo. Hermosos artículos, que serán siempre el encanto de los que saben gustar los frutos literarios, y que más tarde auxiliarán poderosamente al historiador en el estudio de las mudanzas y transformaciones de nuestra sociedad, de nuestros hábitos, de nuestras costumbres.

Con la temprana desaparición del señor Vallejo, no fué la literatura chilena la única que lloró una gran pérdida. Chile, y en especial Copiapó, perdió un buen ciudadano, los amigos de Vallejo un noble corazón.

El amaba cordialmente a Chile, pero sobre todo a Copiapó. Su cariño al lugar de su nacimiento no se debilitó jamás. En la próspera como en la adversa fortuna, pobre tinterillo u opulento minero, trabajó con igual ardor por el progreso de su localidad, y demostró prácticamente la eficacia de la iniciativa individual para combatir la funesta influencia de la centralización política y administrativa sobre la suerte poco risueña de nuestras provincias.

Los amigos de Vallejo también le encontraron igual en la prosperidad y en la desgracia. Ellos recuerdan todavía aquel carácter vivo, amable, franco, generoso, jovial; aquella conversación llena de amenidad y de chispa; aquella *sangre ligera* que circulaba por sus venas; aquella tierna solicitud con que cultivaba todos los dulces sentimientos del hogar y de la familia, en las cuales, por desgracia, se vió sometido a duras pruebas en sus últimos días.